

Julio Concepción Suárez.

# Toponimia lenense.

(Origen de algunos nombres en torno al  
Valle del Huerna.)



REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

OVIEDO - 1992

PRINCIPADO DE ASTURIAS  
REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS  
(C. S. I. C.)

---

---

# TOPONIMIA LENENSE

(Origen de algunos nombres en  
torno al Valle del Huerna)

POR  
JULIO CONCEPCIÓN SUÁREZ

PRÓLOGO DE  
JESÚS NEIRA MARTÍNEZ



OVIEDO — 1992

CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio

CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio

Toponimia lenense. (Origen de algunos nombres en torno al Valle del Lena) / por Julio Concepción Suárez ; prólogo de Jesús Neira Martínez.—Oviedo : Real Instituto de Estudios Asturianos, 1992.

392 p. ; 23 cm. N.º 84-87212-20-4 I. Asturias. Toponimia. I. Neira Martínez, Jesús, pr. II. Real Instituto de Estudios Asturianos. 806.0(460.12«Lena»)—311.

Bibliogr. p. 377-390. Jesús, pr. II. Real Instituto de Estudios Asturianos. 806.0(460.12«Lena»)—311.

Indice.

D.L.: As. 3308/92.—ISBN: 84-87212-20-4.

I. Asturias. Toponimia.

I. Neira Martínez, Jesús, pr.

II. Real Instituto de Estudios Asturianos (Oviedo).

806.0(460.12«Lena»)—311.

Edita: ©Real Instituto de Estudios Asturianos.

Autor: ©Julio Concepción Suárez.

Depósito Legal: As. 3308/92

I. S. B. N.: 84-87212-20-4

Imprenta «LA CRUZ»

Hijos de Rogelio Labrador Pedregal

Granda-Siero (Oviedo), 1992

*A todos aquellos lenenses  
que recorrieron conmigo tanta  
braña y tanta breña.*

«La investigación toponímica tiene por objeto descubrir la significación original de un nombre o poner en claro el proceso de su génesis y nacimiento. Además, los topónimos nos permiten formular hipótesis sobre la colonización y poblamiento del país y sobre los acontecimientos de carácter histórico, sobre las actividades, mentalidad y costumbres de los hablantes, también sobre su lengua en el momento en que el lugar, el río, el cerro, el caserío, fueron señalados con un nombre».

JOHANNES HUBSCHMID

### Palabras previas

*Estas páginas no se habrían hilvanado sin la palabra y el tiempo inestimables de muchas personas. He de agradecer, primero, la amabilidad del profesor Jesús Neira Martínez, quien desde el principio me ayudó a desenmarañar sin prisas el largo sendero de la filiación toponímica. Al profesor Emilio Alarcos Llorach, sus alentadoras palabras respecto a la metología del trabajo, lo mismo que al resto de los miembros del tribunal de la tesis, sus oportunas observaciones.\**

*He de agradecer, asimismo, el apoyo de cuantos compañeros y alumnos en la enseñanza se han interesado de continuo por las pedreras y las pendientes del camino, y a todos aquellos amigos que hicieron más leve esta andadura.*

*Pero, sobre todo, he de recordar a los otros pilares de todo trabajo en toponimia: amigos y paisanos de estos valles que columbraron conmigo brañas y breñas, poblados, caseríos, oxas, riscos y mayaos, levantando a nuestro paso muchas voces dormidas en el silencio del tiempo y la nublina: Ramón el de Parana, Luisín el de Güeches, Juaquín el de La Cruz, Dorín y Feliciano de Zurea, Berto y Jesús de La Pandiecha, Manolo y Celsín de Campomanes, Chus el de «La Fueya», Felipe y José el de La Quica en Xomezana Baxo, Aurelio en Xomezana Riba, Pepe el de La Cortina, Selvino el de Carraluz, José Manuel el de Fierros, Castorón el de Espino,*

\* El resultado de la investigación fue presentado como tesis doctoral el 6 de febrero de 1987 en la Facultad de Filología de la Universidad de Oviedo, ante un tribunal integrado por los profesores: Dr. D. Emilio Alarcos Llorach, Dr. D. Antonio Llorente Maldonado, Dra. D.<sup>a</sup> Josefina Martínez Álvarez, Dr. D. Gregorio Salvador Caja y Dr. D. Millán Urdiales. Calificado *Cum laude*.

*Antón el de Tras la Cruz, Toño y Jesús en Tuíza\* Riba, Daniel y Quico en Tuíza Baxo, los dos Milio, Carlos, Manolo, Rodrigo y Mino en Rospaso, Jesús y Ulpiano en La Cruz, Lauriano y Quico en El Quempu, Isaz y Milio en Teyeo, María, Francisco y Sindo en Piñera Baxo, Cacio, Ricardo, Gelín el de Gregorio en Sotiecho, Jesús y Duardo en Bendueños, Manolín el de Alceo, José el de Reconcos, Arturo y Pepe Reguera en Tiós, Megido el de La Rasa, Alejandro el de Las Monas, Celso el del Convento y Adolfo en Corneana, José el de La Rúa y Vitorino en Campomanes; también, Pepe el del Nocíu, Justo el de San Miguel del Río, Fernando el de Payares, Alfredo el de Naveo, Jesús y Luis en Yanos, Fernando el d'Eros, Julín el de San Andrés, Manolín el del Sosechar, Jaco, Paco y Amador de Armá, Mariano el de Muñón, los hermanos Otto, en La Pola...; se haría interminable la lista de vecinos de estos valles que, generosos en su tiempo y amables en el trato, fueron rebautizando una vez más cada palmo de terreno, en ocasiones ya casi alguno borrado en su memoria.*

*Termino con un recuerdo entrañable a los mayores de mi infancia que me enseñaron estas primeras y, por ello, más preciadas voces asturianas: Tíu Vicente, Ángel el de Trina...; y a los que luego continuaron en mí la formación no letrada de esta lengua maternal: abuelos, padres y vecinos más arraigados de un ya desdibujado ayer.*

*Por fin, a Marisa, a Lucía y a Olaya por tantas esperas.*

*A todos, simplemente, gracias.*

---

\* *Anotación ortográfica.* La representación escrita de la voz *Tuíza* con tilde tiene un valor diacrítico en el trabajo: pretende recoger la articulación de los hablantes del valle, que sistemáticamente realizan separadas las dos vocales cerradas /u + í/, sin diptongo, con el acento en la 2ª y más larga la 1ª; incluso es frecuente percibir una débil consonante antihiática (*Tubiza*). Con la misma intención se coloca tilde en *Tiós*. La otra solución podría haber sido el signo de la diéresis sobre la primera vocal: *Túíza*.

## PRÓLOGO

El poner unas palabras introductorias a este bello libro de toponimia me produce una gran satisfacción; y esto es así por varios motivos. El primero, porque estamos ante una obra bien hecha. Es un estudio importantísimo en la historia de la investigación toponímica asturiana, tanto por su contenido y por sus hallazgos como por la novedad y la eficacia del método empleado. Continúa y profundiza en el camino abierto por otro gran investigador asturiano: José Manuel González, en su *Toponimia de una Parroquia Asturiana*.

En segundo lugar, me complace que Lena, y de modo especial uno de los valles en los que el bable perdura con más fuerza, haya sido objeto central de este estudio. Estas páginas escritas con rigor, con pasión, con amor por el terruño nativo me llevan a estampas lejanas, a recuerdos juveniles. Yo entonces, como Julio ahora, trataba de ahondar en el ambiente que ya me era familiar. Para ello, recorría campos y aldeas, hablaba con las gentes, me ponía en contacto con sus palabras y con sus cosas; y, de este modo, llegar a los entresijos del sistema lingüístico, descubrir las peculiaridades del habla de la zona. De allí nació el *Habla de Lena*, que fue mi iniciación en el campo de la Dialectología. Treinta años después es agradable ver a un joven investigador recoger la antorcha y volver a trabajar sobre el concejo de Lena en una parcela que yo no había tocado: la toponimia. Siento por ello la impresión de que nuestro conocimiento lingüístico de Lena es ahora más completo. La *Toponimia Lenense* de Julio Concepción es, como ha dicho Gregorio Salvador, un magnífico complemento de aquella lejana *Habla de Lena*.

La investigación toponímica es atractiva, apasionante. El lingüista, como un hablante cualquiera, se plantea con frecuencia esta pregunta: ¿Por qué este lugar recibió este nombre? Bajo esta cuestión está la creencia de que el topónimo fue en los orígenes

un signo motivado, no arbitrario. Se llamó como se llama por algún motivo. Su sentido, su relación con las otras palabras de la lengua era inicialmente claro. En algunos casos, la significación primera del topónimo está a la vista. *La Nozala*, *Ablaneo*, *Castañera* indican claramente el porqué de su nombre. Pero en otros muchos casos la respuesta no es fácil. Existe un complejo de circunstancias que de modo natural han ido oscureciendo o borrando las conexiones entre las palabras y la cosa designada.

El topónimo ha sido efectivamente en su primera fase una palabra más de la lengua, con una estructura fónica y morfológica, con un contenido, todo en relación de semejanza o de oposición con otras palabras. Por alguno de sus rasgos semánticos fue seleccionado para designar un lugar concreto. Al quedar convertido en topónimo, pasa a predominar la función designadora, señalativa y, en consecuencia, tiende a aislarse de los otros vocablos con los que estaba relacionado. Este relativo aislamiento crea condiciones favorables para una evolución fonética peculiar. Unas veces, el término queda como retrasado, arcaizante; otras, por la tendencia a la motivación del signo lingüístico, experimenta cambios «irregulares». No es sólo la discordancia en el ritmo evolutivo la que determina el progresivo oscurecimiento del sentido originario del topónimo. Otros cambios pueden producirse en el entorno físico y humano que acrecientan esta oscuridad: cambios del cultivo, transformaciones de la flora o de la fauna, nueva organización o nuevas relaciones sociales. Todo este complejo de circunstancias se orientan en la misma dirección: hacer del topónimo un signo arbitrario, despejarlo de su motivación inicial.

El descubrir el porqué de los nombres de lugar es empresa atrayente, pero difícil. Exige conocimientos y cualidades especiales en el investigador. Este trata de remontarse a los orígenes. Tiene que desandar los caminos recorridos por la lengua, caminos cerrados en su mayor parte. Se ve obligado a reconstruir cadenas, gran parte de cuyos eslabones se han perdido. Todas las preocupaciones para no equivocarse serán pocas. Hay que hacer un esfuerzo para poner de nuevo en contacto el topónimo con la lengua o las lenguas de su entorno, observar las condiciones y la naturaleza de cada lugar, profundizar en las particularidades de la vida social en todos sus aspectos, lo mismo en el presente que en el pa-

sado. La labor exige ciencia y paciencia, rigor e imaginación. El investigador ha de recorrer y contrastar distintas vías para llegar a una conclusión aproximada. Julio Concepción ha cumplido bien estas condiciones, conoce bien la lengua de la que han salido los topónimos. Siente amor por su tierra y sus gentes. Ha pateado montes y campos, se ha compenetrado con el sentimiento de los paisanos, y ha tenido, como ellos, la intuición de étimo en vistas de la función de cada lugar. A esto hay que añadir la preparación lingüística e histórica.

Fruto de estas cualidades personales y de una dedicación perseverante, apasionada y amorosa, es este magnífico libro de la *Toponimia Lenense*, que marcará sin duda una etapa importante en la investigación lingüística asturiana. Nuestro conocimiento del concejo de Lena, indirectamente también de otras zonas asturianas, se ha ampliado en varios planos. En primer lugar, en el lingüístico. Los topónimos han recuperado en parte su significación primera. Se han puesto en contacto de nuevo con la lengua viva del entorno. Las peculiaridades del habla lenense a lo largo de su historia están ahí, presentes, arraigadas con firmeza en los nombres de la toponimia. A veces, en concordancia con el habla de hoy, aunque con distinto grado de vitalidad. Hay abundante ejemplificación del contraste *-u/-o* (*Utriru / Fresneo*), de la metafonía vocálica, de los resultados de *ts*, *ch*, *l*, *ll*, *pl*, *k*. Otras veces, topónimos con resultados divergentes con relación al habla actual (como *veiga / vega*) nos muestran la existencia de una fase arcaica, evolucionada posteriormente. Por otra parte, la diversidad de los resultados partiendo de un mismo étimo indican la inmensa riqueza y las posibilidades latentes siempre en el habla viva. A través de esta diversidad se pueden percibir varios estratos que nos testimonian la penetración de palabras en distintas épocas o procedentes de distintos medios. La lengua viva se nos manifiesta así como lo más opuesto al inmovilismo, a la rigidez. La tendencia unitaria y la diversificadora actúan conjuntamente y se combinan sin cesar.

La investigación toponímica es algo más que una simple curiosidad. Su interés, cuando se hace como lo ha hecho Julio Concepción, desborda lo puramente lingüístico. Al averiguar la etimología, es decir, al llegar al primer sentido del topónimo, se nos

descubre un mundo nuevo, se nos muestra un panorama que estaba oculto o sólo entrevisto. El paisaje, el físico, el vegetal, el humano, aparece en toda su profundidad y funcionalidad, cobra como nueva vida al reflejar la visión que de él tenía el hombre que lo habitaba, todo se muestra con fuerza, con vigor, en concordancia o discordancia con lo que significa. La toponimia lenense estaba ahí como un testimonio perdurable, ha sido tal como fue vista por las gentes que lo habitaron, pero faltaba alguien que descifrara estos testimonios. Eso es lo que ha hecho de modo magistral Julio Concepción.

JESÚS NEIRA MARTÍNEZ

### Anotación toponímica

En el estudio de los nombres de lugar, es obligado recurrir a varias cuestiones, a un tiempo. Al encontrarse con el nombre nuevo (monte, río, *braña*, caserío, *oxa*, *mayéu*, poblado o despoblado), se citan dos preguntas paralelas; de dónde viene este nombre y qué sentido puede tener; con la primera, nos preguntamos por la filiación antigua de la voz toponímica, por su origen, siempre lejano, en la más o menos larga historia del lugar; con la segunda, vamos, todavía, más allá y queremos arriesgar un poco más en el misterio: por qué ese suelo concreto se llama como se llama; por qué se parece tanto al paraje vecino, pero tiene un nombre tan distinto; por qué hay tantas aldeas, caminos, ríos, *oxas*, *carbas* y *mayaos* tan parecidos, pero con nombres tan enfrentados...; por qué hay tantos nombres que parecen tan distintos, pero que, cavilando un poco más, son tan parecidos...

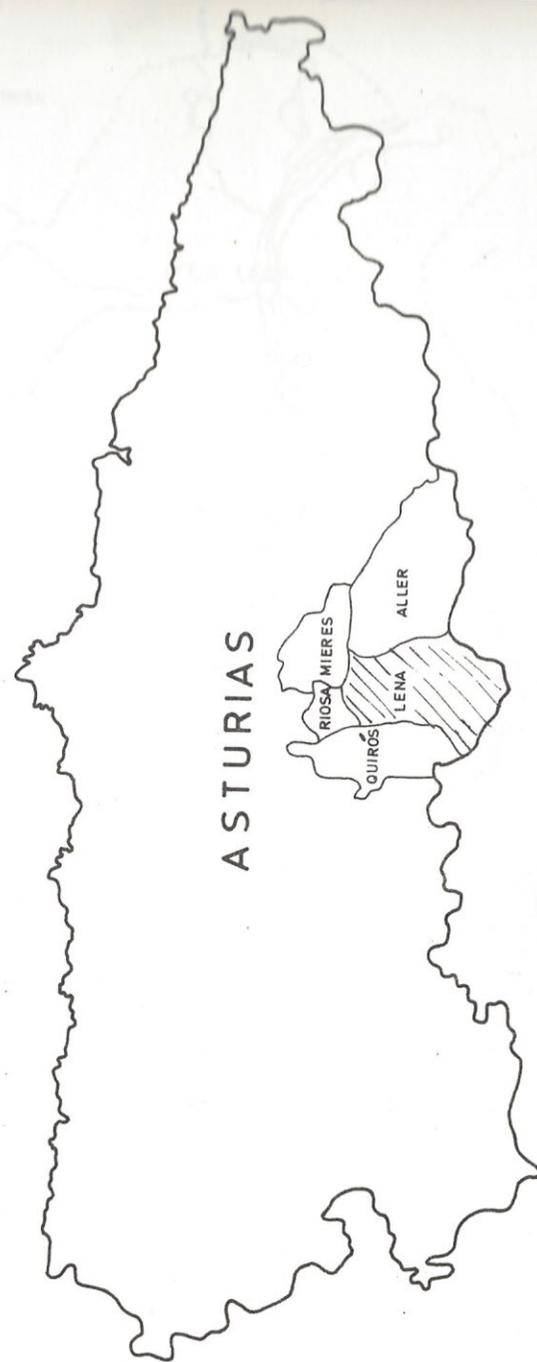
En ese lenguaje de la investigación en esta ciencia, el caminante, el paisano, el estudioso o el estudiante, al paso por los libros o por los pueblos y montes asturianos, se hace estas preguntas, siempre en busca de sentidos, por descabellados que le parezcan en algún caso. Y es que los mismos nombres invitan a cavilar para deshacer la intriga de esa palabra sellada en el suelo que pisamos: por qué aquella finca se llama *La Chinariega*, si nadie recuerda en ella sembrado el lino; la otra, *Val de las Viñas*, si hoy es un *castañeru*, o aquel *caserío*, *El Nocú*, si sólo queda un *nozal*, pero «plantáu sólo fay unos años, y compráu nel invernaderu».

La selección de campos toponímicos que siguen en el trabajo no pretende, por supuesto, dar respuesta a todas las preguntas que nos plantean los miles de nombres que dibujan las fincas y parajes de cualquiera de nuestros valles asturianos. En realidad, las respuestas serían bastantes menos, pues cada una puede implicar

de un golpe un buen manojo de topónimos. La cuestión es desleir (*desenchurdiar*) bien la madeja. No se pretende agotar nada ahora.

Con los topónimos que siguen en torno al valle del Huerna, sólo me propongo exponer, de momento, la forma que yo fui empleando para llegar desde el nombre actual a ese origen siempre más o menos lejano (a veces, hay que acampar mucho antes), y afiliarlo en el tiempo. Con ello, luego, puede brotar la respuesta que satisfaga un poco el porqué de aquellos topónimos (a veces, también, la dirección pudiera no ser exacta).

Y, así, en fin, se podría atisbar la función del topónimo en el entorno ecológico de aquel entonces. Mostrar, en definitiva, el camino que a mí me sirvió, en buena parte, para llegar al sentido (o al silencio) de unos cuantos nombres asturianos en Lena: los topónimos. Descubierta el camino, se llega primero a cada nombre del mosaico.





Estos diferentes momentos de estudiar las cosas se reflejan en el campo entre la lingüística, las ciencias de la naturaleza y la arqueología. En el primer momento se establecieron relaciones entre resultados arqueológicos y lingüísticos en grupos de lenguas mayas, que se reflejaron en las referencias de la arqueología y la lingüística en el campo de la etnohistoria.

**0. INTRODUCCIÓN**

En el primer momento se establecieron relaciones entre resultados arqueológicos y lingüísticos en grupos de lenguas mayas, que se reflejaron en las referencias de la arqueología y la lingüística en el campo de la etnohistoria.

Existen diferenciadas maneras de estudiar las voces toponímicas, un campo entre la lingüística, las ciencias de la naturaleza y lo social. En los estudios más en uso, se suele dar prioridad a puntos de vista que parten de la estructura fónica de la palabra, para elaborar sobre ella la trama filológica posterior. En otros casos, se establecen, sin más, asociaciones diversas entre resultados homófonos, elaborando de este modo sucesivos grupos de topónimos, en ocasiones con sustanciales divergencias referenciales. Se trata, en definitiva, de las distintas maneras de proceder en el enmarañado camino de la filiación toponímica.

En el presente trabajo se intenta un aspecto más entre esas maneras de escudriñar las voces de lugar. En este estudio parcial de la toponimia lenense en torno al valle del Huerna, se pretende llegar a una delimitación, siquiera aproximada, del sentido usual que una voz toponímica poseía, cuando en pretéritas etapas lingüísticas funcionaba como simple apelativo común; cuando aún era palabra motivada sobre referentes o funciones muy concretas del entorno del hablante, antes de que, vaciada de su significación primera, y desconectada en la conciencia del sujeto del resto del sistema, se convirtiera en voz opaca para la comunicación usual, reducida a la función denominativa, sin más.

Se trata, en definitiva, de reconstruir el supuesto estadio inicial —fónico y semántico— de cada voz toponímica, a través de otras del mismo campo que hayan dejado entre los hablantes referencias más claras, sea en el uso de la zona del topónimo, o en otras de antigua marca asturiana que conservan aquella designación primera. Algunos casos resultan claros —Carba l'Acú, Fidiécho, El Chinariigu—; otros sólo resultan interpretables a partir de alguna costumbre señera fosilizada entre los riscos de las montañas: por ejemplo, hoy ya no sería posible desentrañar La Ochera, si no fuera por el recuerdo de los últimos vaqueros de Coleo,

escondida braña sobre los hayedos de Val Grande; la ochera aún es para ellos la fontana de aguas frías, hundida entre roquedos de caliza, donde se mantiene fresca la leche de las Ochas —antes oñas—, tipo de recipiente artesanal hoy atomizado entre voces bien diversas. Finalmente, en algunos casos es obligado recurrir al léxico de otras zonas: Las Oxas no serían descifrables sin la uxera alle-rana o la oxiza de Quirós, la ucheira gallega o la uzera de Berceo.

Descubierto ese núcleo de sentido más arcaico, que es común a las voces más usadas, se razona la evolución fonética y filológica, con la seguridad también de haber superado el acecho de las siempre peligrosas homonimias, apoyados en formas y funciones del terreno: no se pueden mezclar en el mismo saco todos los Morteiros ni todas las Morteras, pues las referencias serán distintas si el lugar es un despeñadero colgado sobre lo más arisco de una braña, o, por el contrario, una tierra labrantía distribuida en suertes por la Esquisa, según el nunca cuestionado «derecho de morada» —tener morá y horro por 365 días más uno, según rige en la mayoría de los pueblos quirosanos al otro lado de los cordales lenenses.

En consecuencia, el objetivo del trabajo implica por sí mismo evidentes limitaciones respecto a la selección toponímica efectuada: por ejemplo, han de quedar fuera del estudio todo tipo de antropónimos, hagiónimos, epónimos, y otra serie de voces que o bien ya no pertenecían al uso común en el momento en que se emplearon en funciones toponímicas, o bien no ofrecen un campo léxico suficiente para atestiguar el sentido primero de aquella voz usual inmovilizada sobre un lugar. Por todo ello, la extensión del trabajo se reduce a una serie de núcleos toponímicos con mayor resonancia en el léxico común, en torno a los campos de mayor motivación usual: Oronimia, Designaciones metafóricas, Hidronimia, Fitonimia y Actividades humanas.

Respecto a la misma estructura del trabajo, el método empleado es muy concreto. Se delimita, en principio, la zona geográfica objeto de estudio mediante una línea de topónimos en torno al valle del Huerna, incluyendo todos los pueblos de alguna manera relacionados por tradición con sus puertos altos de verano y otras costumbres comunes, razón por la que se incluyen algunas aldeas contiguas con parte de sus heredades fuera del Güerna. Se tratan,

asimismo, algunos rasgos específicos y diferenciales del terreno de estos montes y algunas costumbres como la esquisa o la andecha que de alguna manera fueron determinando en el tiempo la organización y aprovechamiento del suelo, y, en consecuencia, el mosaico toponímico de esta zona del alto Lena.

A continuación, quedan señalados algunos rasgos lingüísticos locales observados en el momento de la encuesta toponímica reciente. En principio, era obligada la recurrencia al riguroso trabajo de Neira Martínez sobre la situación del habla lenense a la altura de los años cincuenta (1); pero dadas las peculiaridades de la fonética toponímica respecto a la de uso común, una evolución evidente en las últimas décadas y el mayor arraigo lingüístico de este valle respecto a otros del concejo, considero oportunas ciertas precisiones en la realización fonética de algunos topónimos: es el caso de la inflexión metafonética, rasgo de particular vitalidad toponímica en determinadas estructuras, frente al creciente desuso en algunas zonas y entre los más jóvenes en particular, al emplear la lengua común; o es el caso de la no realización del sonido africado /ʃ/ en el contexto espontáneo de una encuesta, a diferencia de su presencia muy firme entre los hablantes quirosanos al otro lado del cordal.

En cuanto al desarrollo de cada artículo toponímico, hay unos pasos concatenados: 1) base léxica y semántica supuesta para el grupo de topónimos que siguen; 2) descripción de los lugares por pueblos, según costumbres arraigadas en el uso de pastos o en distribución de tierras; cada topónimo queda delimitado de acuerdo con las funciones supuestas en su motivación, allí donde las hubiere; 3) topónimos con la misma base recogidos en el resto del concejo lenense; 4) voces léxicas en el habla lenense y concreta de cada pueblo —cuando da lugar a ello— que comparten el núcleo semántico de la base toponímica y que sirven para atestiguar algún aspecto semántico parcial de la misma; 5) voces léxicas con la misma función en el resto del conjunto de antiguas hablas astur-leonesas; 6) voces semejantes en el resto románico; 7) topónimos románicos de estructura y funciones paralelas; 8) documentación asturiana; 9) documentación románica en su caso; 10) etimologías propuestas como más probables; 11) etimologías no acep-

(1) NEIRA MARTÍNEZ: *El habla de Lena*, 1955.

tadas; 12) conclusión personal; 13) particularidades fonéticas y etimológicas de las formas más complejas; 14) precisiones morfológicas y otras aclaraciones de sentido.

Con ello se pretende, como queda dicho, llegar a la motivación semántica inicial de cada forma toponímica, a través de otras formas léxicas y topónimos, ya estudiados en otros puntos románicos, de origen latino o prelatino según los casos.

### 0.1. Demarcación geográfica del estudio

La zona de toponimia estudiada se enmarca en el concejo lenense y abarca, sustancialmente, todos los pueblos, aldeas y caseríos de alguna manera relacionados con el valle del Huerna, algunos zona de transición al de Pajares. Esta zona específica de estudio tiene una extensión aproximada de 110,5 kms. cuadrados entre los límites que siguen: por el Norte, y partiendo de Campomanes, separa las fincas y pastos de Tiós una línea que asciende por La Marniega, Río, Espinas, Braña Valera y Chago; ya por el Oeste, pastos de Zurea, Porciles, La Braña, Bovias, Val Seco y Che Turbio; al Sur, y en tierras tuizanas, Corrales, Pen'Ubiña, Meicín, Cerreo y Candioches; al Este, y en puertos de Teyeo, La Vachota y Cuayos; y ya en los cordales que separan Güerna de Val Grande y Payares, Las Brañolinas, La Vega Biescas, Los Bucarones, Pando, Yen de la Gachina, El Carril y El Monte las Chinares. Finalmente, se incluye la pequeña vaguada que forman los pueblos en torno a Herías, intermedia entre Huerna y Pajares, pero con usos ganaderos tradicionalmente más arraigados con el Güerna: carbas, puertos de verano, etc. Con ello se completa en Campomanes de nuevo la línea divisoria de los lugares de este estudio.

La morfología del terreno es muy variada. El valle del Huerna está recorrido por el profundo Río Güerna, que nace entre los valles del Meicín y La Vachota y que recorre depresiones tan marcadas como la del Seltu'l Diablo, La Caviëra, Foz o el mismo Abiaos. Contrastan de este modo los rellanos de sus laderas, antes dedicados a tierras labrantías y hoy a pastos y praderas, con los pendientes pastizales entre las vaguadas y depresiones que forman los riscos de las montañas. Así, frente a las Irías y Morteras están las Oxas y las Carbas; frente al Xitu, Los Asprones; frente

a La Veiga, El Cuitu y El Curuchu. Se oponen, igualmente, las tierras de secano escasamente productivas de El Quentu, La Felguera o La Escaldá, y otras siempre verdes de La Barrosa, El Chagüizu o Val d'Obeñas. Asimismo, es evidente la fertilidad de Los Cheronos junto a la aridez casi esteparia de Escachonales y Cascachonas, o la sombría coloración del Escureo frente a los pastos más solares de La Escamplá o El Canalón Cleru.

Pero en tal mixtura no hay, en cambio, confusión: el hombre lenense, a base de acéu, fesoria y foz, fue configurando este mosaico paisajístico que simboliza por sí mismo en las voces toponímicas el terreno fértil frente al estéril, el soleado frente al sombrío y abeseo, el culto frente al inculto, la vega y el mayéu frente al roquedo y el cantizal. Y de este modo, la toponimia va marcando sobre el suelo la lucha y el pacto del hombre con el medio: mientras el bosque, la zarza y el matorral han quedado relegados a zonas del terreno más escarpadas, sombrías y oxizas, las Irías, el Xitu o las Morteras, ocupan los espacios más resguardados del viento norte, soleyeros o al abrigo entre las masas roqueñas de las zonas más altas.

En cuanto a los núcleos de poblamiento rural, el área de estos valles estudiados presenta hoy una evidente desemejanza con la que ofrecía Madoz un siglo atrás (2): de los 37 núcleos poblados entonces en la zona de trabajo, están hoy deshabitados bastantes: Alceo, San Miguelón, Artos, Arnón, Vicharín, Santa Cristina, Armá, Las Monas; o vive una persona, como en El Quempu; o muy pocas más, como en Bendueños, Tras la Cruz o Cutu Reso.

### 0.2. Nota social de la zona

De la vida en sociedad de estos valles destaca la esquisa (3): se trata de una antigua costumbre comunitaria, que a la voz del rexior o ruxior, según los pueblos, reunía en la plazuela principal a todos los vecinos del lugar, para acordar, indagar y, en definitiva, solucionar en común acuerdo los trabajos y problemas del vecindario según las épocas del año: cotos y derrotas de las morteras, quema de oxas, estaferias, xebes, calzás, aguatochos, y cuestiones se-

(2) MADDOZ: Diccionario..., págs. 29 y ss.

(3) J. CONCEPCIÓN SUÁREZ: «La 'esquisa'...», págs. 1 y 3.

mejantes. De esta forma, en la esquisa se escudriñan todos los pormenores relativos a la comunidad, en una verdadera pesquisa de labores y problemas que necesitan solución. Por esto se hace entre todos, y por ello también, el simple hecho de la no asistencia a la llamada de la esquisa se considera una injuria al pueblo que asiste. De modo que la persistencia injustificada en el delito, aparte de una multa en dinero o en especie, podía conducir al vecino en rebeldía a ser definitivamente expulsado del pueblo.

Hoy, cuando parece que casi todo se ha transformado, las esquisas mantienen en parte su espíritu antiguo, aunque ya no tengan el rigor ni la frecuencia de antaño. No obstante, aun permaneciendo el sentido, las formas se han diversificado: la misma frecuencia ha disminuido, pues hace algunos lustros la vida autónoma de cada pueblo multiplicaba los asuntos trascendentes para la vida de la comunidad. Particularmente, la esquisa tuvo especial cohesión en los lugares más altos, obligados a una vida comunitaria más intensa desde los mismos rigores del clima: caso del aprovechamiento de brañas, oxas, irías y morteras; es el mayor arraigo que presenta en pueblos como Zurea, Xomezana, Tutza o La Cruz.

La forma, como se dijo, es lo que más se ha distanciado; en una época en que las casas se amontonaban en torno a la plaza del pueblo, y los vecinos regresaban casi juntos a sus casas, el ruxior tocaba las campanas, una cuerna o la corneta; en la actualidad, cuando se da una mayor dispersión, lo mismo de casas que de personas y horarios, la llamada de la esquisa se hace por escrito, se disculpan las ausencias, no vincula a todo el vecindario, pero se mantiene su nota más antigua de solucionar en común acuerdo lo que es del común vecinal, en torno a pastos y sembrados, sobre todo.

### 0.3. Anotaciones lingüísticas

No es el caso de tratar ya del habla lenense, suficientemente estructurada en el exhaustivo trabajo de Neira Martínez, unas décadas atrás. No obstante, dos cuestiones merecen alguna aclaración, habida cuenta de algunos cambios fónicos ocurridos desde entonces: el sonido /ʃ/ y la inflexión metafonética.

#### 0.3.1. El sonido africado /ʃ/

La realización alveolar africada sorda /ʃ/ no es hoy fenómeno espontáneo en la encuesta toponímica ni en el uso común no forzado. El hecho contrasta con lo que ocurre en zona de Quirós, más allá del valle del Huerna. Efectivamente, en todos los pueblos quirosanos la articulación africada está tan arraigada en la conversación espontánea como en la articulación toponímica: abeñas, reboşacos, şamera, carrieşa, purtieşos, vişar, vaşin, şoisa, şongo, şana, surgen muy sólidas en la dicción normal de los lugareños, lo mismo que şindes, Muerieşos, şin de Piedra, La Cutieşa, El Vaşinieşu, La Coşá, Fidieşo, Grandieşa, Las şinares, So şan, Brañieşa, y tantos otros en la realización toponímica normal. En zona lenense la situación ya es otra: la realización alveolar africada sorda, señalada por diferentes autores años atrás, ha quedado reducida a ciertos hablantes mayores de los pueblos más altos cuando se fuerza el sonido; en el uso espontáneo, la articulación es /ç/, lo mismo para los casos procedentes de /l-/ inicial, /l l/ interior, que para los que vienen de /pl-/ , /kl-/ , /gl-/ , /fl-/; de ahí el empleo de una sola grafía para ambas realizaciones a lo largo del trabajo.

Respecto a la situación pasada del sonido, Menéndez Pidal señalaba en 1906 la palatalización en leonés de /l-/ inicial en documentos asturianos antiguos: llado, llogares, trasllado (4), palatalización más general en asturiano. Para M. Pidal la articulación [tʃ] del leonés del N.O. «es una palatal parecida a la /ch/ que varía entre tʃ palatal pura y las aficadas tʃ, tch; procede de un ensordecimiento de la ll- inicial o medial del leonés común, que es ensordecida en gran parte del occidente» (5). «Ahora bien —continúa el autor—, como en el leonés occidental sólo hay ll procedente de la palatalización de la L- inicial (...) o de -LL- medial (...), pero no de la PL-, CL-, FL- iniciales que dan ch (chorar), tendremos que en la región de la tʃ aparecerá ésta en tʃobu..., pero no en chorar». «No obstante —concluye— hay confusiones traídas por la semejanza de los sonidos» (6). Observa también el mismo autor que el

(4) R. MENÉNDEZ PIDAL: *El dialecto...*, págs. 64 y s.

(5) R. MENÉNDEZ PIDAL: *Ibid.*

(6) R. MENÉNDEZ PIDAL: *Op. cit.*, pág. 73.

fenómeno se extendía por el occidente asturiano en confusión a veces con *ch*, y en *Lena* la confusión es absoluta, pues la *ʃ* invade el campo de *pl-*, *cl-*, y aún de *c'l*, *g'l*, *ly*, *ct*, *lt* (7).

Bobes Naves, resumiendo a M. Pidal, define [ʃ] como alveolar o prepalatal africana sorda, y posiblemente cacuminal localizada en *Aller*, y africana sorda también (8). Para esta autora, se trataría de una «articulación áptico-prepalatal (a veces post-alveolar) africana sorda», con una fricción que no es chicheante como la *ch* castellana, sino sibilante, aunque su punto de articulación varía de acuerdo con la vocal con la que forma sílaba (9).

Rodríguez-Castellano estudia el fenómeno en el occidente de Asturias en unos límites comprendidos entre *Luarca*, *Cudillero*, *Allande*, *Belmonte*, *Cangas de Narcea* y *Aller* (10). Respecto a *Lena*, observa este autor que por los años cincuenta en los pueblos junto a la carretera y al ferrocarril las personas más cultas usan castellano y las de menor formación mezclan formas castellanas y asturianas, de modo que con la industrialización entró desde *Oviedo* el castellano, desterrando el tradicional sonido [ʃ]; el rasgo, concluye, «sólo existe con vitalidad plena en las pequeñas aldeas situadas en lugares montañosos y poco comunicados» (11). Este autor, al igual que Navarro Tomás, define [ʃ] como apical postalveolar o prepalatal sorda más o menos africana, de timbre más bien grave y tensión media, con un tiempo de oclusión y de fricción aproximadamente iguales, variando un poco su punto de articulación de acuerdo con la vocal siguiente (12). No ostante, para R.-Castellano, una variante de *Lena* en los pueblos colindantes se acerca a la de *Quirós*; en ella «la lengua se eleva también contra el paladar, pero haciendo el contacto bastante más atrás que en la *ʃ* de los concejos occidentales», por ello, esta articulación presenta «cierta resonancia grave, como si la lengua adoptase una posición más cóncava» (13). Para este autor, el fenómeno es debido a que la articulación se da «no sólo con la intervención del ápice,

(7) R. MENÉNDEZ PIDAL: *Op. cit.*, pág. 74.

(8) BOBES NAVES, en *El dialecto...*, apéndice III, págs. 168 y ss.

(9) BOBES NAVES: *Ibid.*

(10) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: «El sonido *ʃ*...», págs. 201-238.

(11) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: *Op. cit.*, pág. 220.

(12) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: *Op. cit.*, pág. 223.

(13) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: *Op. cit.*, págs. 223 y s.

sino también con una pequeña parte de la cara inferior de la lengua, circunstancia que explica el amplio contacto que aparece, comparado con el de las articulaciones alveolares» (14).

El mismo Rodríguez-Castellano explica también la confusión de [ʃ] y [ç] con las razones que la motivaron: la [ʃ] ha perdido estimación social y ha entrado en decadencia, amenazada constantemente por la [ç]; de ahí que sean tan frecuentes las confusiones entre ambas y que las generaciones más jóvenes realicen [ç] toda [ʃ], no diferenciando, en consecuencia, los resultados de /l-, -ll-/ respecto a /pl-, kl-, fl-/ etc. Afirma este autor que «este estado de confusión es particularmente intenso en los concejos de *Pola de Lena*, *Mieres* y parte de *Aller*»; «en ellos —continúa— la *ʃ* ha invadido, casi de un modo general, el dominio de la *ç* (pl, cl, fl) en el habla de las personas ancianas; mientras que las gentes jóvenes, como en los concejos occidentales, tienden también a hacer *ç* de toda *ʃ*» (15). Según Rodríguez-Castellano, «el hecho de la confusión entre *ʃ* y *ç* estriba en la proximidad de las dos articulaciones en cuanto al punto de articulación y sobre todo en el efecto acústico. Tanto la *ʃ* como la *ç* son sonidos afrutados sordos, plenamente palatal la *ç* y casi palatal la *ʃ*, sobre todo en los concejos de *Mieres*, *Pola de Lena* y *Aller*. «El mayor grado de palatalización de la *ʃ* —continúa el autor— de estos concejos quizá explique el que en ellos se dé la confusión *ʃ-ç* y *ç-ʃ* con mucha más frecuencia que en los municipios occidentales donde la *ʃ* es más anterior, esto es, predominantemente postalveolar». Respecto a la dirección de las confusiones cree este autor que «es más fácilmente comprensible la tendencia actual a sustituir toda *ʃ* por la *ç* que viceversa. El cambio de *ʃ* en *ç* puede ir ligado a un ligero aflojamiento del contacto apical. Pero posiblemente el factor que más ha influido en este cambio sea la constante influencia de la *ch* castellana que los jóvenes oyen desde sus primeros años en la escuela y en la calle» (16). Termina Rodríguez-Castellano con una predicción lingüística en buena parte ya cumplida, como se ha dicho, en el concejo *lenese*, particularmente en los pueblos más bajos: «no resultaría aventurado predecir que en aquellos pueblos que aún practican

(14) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: *Ibid.*

(15) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: *Op. cit.*, pág. 229.

(16) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: *Ibid.*

el sonido *ʃ* lo perderán en el transcurso de pocos años —una generación a lo sumo— por haber sido sustituida totalmente por la *ç*» (17).

Por las mismas fechas —comienzo de los años cincuenta— en que Rodríguez-Castellano recoge sus observaciones, Neira Martínez llega a conclusiones semejantes: «Este sonido *ʃ* —dice— era dominante hace unos cincuenta años en todo el concejo, como nos indica el testimonio vivo de los ancianos de casi todas las aldeas; pero va desapareciendo rápidamente, de tal modo que no se pueden señalar zonas extensas ni uniformes con esta pronunciación. La inmigración traída por el ferrocarril y por el desarrollo industrial va acelerando la eliminación de este fonema. Tiende a ser sustituido por una articulación muy chicheante, más retrasada, con un toque oclusivo más suave y sin labialización» (18). Finalmente, por la misma época, Diego Catalán llega a conclusiones parecidas para estas variantes entre cacuminales y palatales en paralelismo con otros resultados (19).

Insistiendo en esa variante especial observada en algún hablante ya muy mayor de Xomezana, casi una /t/, hay que señalar además las observaciones de M. Pidal, para quien el sonido estudiado «en Lena se pronuncia con diversos matices desde la consonante cacuminal explosiva sorda, que podemos representar por *ʧ*, o sea, una *t* pronunciada con la punta de la lengua vuelta hacia la bóveda del paladar» (20). De igual manera, Rodríguez-Castellano, en el estudio de esta variante cacuminal, observa que es propio de los dialectos meridionales de Italia (Sicilia, Córcega, Cerdeña y parte de La Calabria), con una realización del sonido muy retrasada en la zona del paladar (21), realización que el autor sospecha ya en el mismo latín, y origen, por ello, de esos resultados cacuminales coincidentes entre Asturias, Gascuña y Sur de Italia (22).

Finalmente, Alarcos Llorach estudia el sonido leonés en relación con el resto de las palatales del sistema, llegando a la con-

(17) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: Op. cit., pág. 230.

(18) NEIRA MARTÍNEZ: El habla..., págs. 21 y s.

(19) DIEGO CATALÁN: «Resultados...», pág. 8.

(20) M. PÉREZ DE PIDAL: «Notas...», en Asturias..., pág. 333.

(21) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: Op. cit., pág. 230.

(22) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: Op. cit., pág. 235.

clusión de que, a pesar de las variantes, «se trata siempre de un mismo tipo fónico, que combina en proporción variable la oclusión y la fricción, que se produce con el ápice de la lengua —e incluso su cara inferior inmediata— en la zona postalveolar, y que generalmente es sordo, salvo en zonas aisladas como Degaña y parcialmente Aller» (23).

Se puede resumir la situación actual de /*ʃ*/ en la zona estudiada, y en realización toponímica, en varios estadios según hablantes y zonas: 1) confusión en /*ʃ*/ por parte de algunos hablantes mayores en pueblos altos como Xomezana, Zurea, Teyeo y Rospaso, cuando se les fuerza a recordar la situación de años atrás, o cuando estos hablantes se encuentran con otros quirosanos del otro lado del cordal: La Cośá, El Šinariigu, El Castiišu, en una articulación africada, postalveolar o prepalatal; 2) restos aún más aislados de una realización casi en /t/ y, en consecuencia, mucho más apical: Tindiones y Tindias por Šindiones y Šindias; 3) confusión generalizada en /*ç*/ por todo el valle, lo mismo en el uso común que en la encuesta toponímica espontánea: La Cochá, El China-riigu, Chagüezos, Cocha Xinxá, Chan di Cuandia; 4) lateralización, incluso, en casos aislados entre los más jóvenes: Llagüezos, La Collá, La Llonga.

En definitiva, se trata de una progresiva eliminación de /*ʃ*/, en el conjunto de sus antiguas posibles variantes, lo que se debe no sólo a la semejanza acústica con /*ç*/ del sistema castellano, sino a la mayor estabilidad de /*ç*/ en el propio sistema asturiano. Por otra parte, el fenómeno en /*ʃ*/ tampoco se aplica ya a las palabras nuevas que van entrando en uso, a diferencia de lo que ocurre con la inflexión metafonética, de vitalidad más arraigada.

Por todo lo dicho, y habida cuenta de la inestabilidad en la articulación toponímica, incluso entre los hablantes de la misma aldea o caserío, la grafía empleada en el trabajo para el sonido en cuestión será siempre *ch*, a sabiendas de que representa posibles realizaciones en algún caso, a lo que se aludirá en el lugar adecuado.

(23) ALARCOS LLORACH: «De la llamada /th/ vaqueira...», pág. 3.

## 0.3.2. La inflexión metafonética

La metafonía, a diferencia de otros casos fonéticos como el de la /s/, se mantiene con mayor vitalidad en la fonética toponímica de la zona estudiada. De este modo, las realizaciones son casi siempre inflexivas: Chagüizu, Questru, El Forquéu, L'Atayu, Callru, Curuchu, El Chungu. La situación del uso común, en cambio, también ya es otra, en cuanto que una parte de los hablantes ya realiza regueru, cantu, fonderu, cimero y semejantes.

Menéndez Pidal, en sus primeros estudios sobre el habla de Lena, ya estudia este fenómeno fonético que tiene lugar en la vocal acentuada ante /-u, -e, -i/ finales (24). Observa este autor que se trata de «una influencia ejercida sobre la vocal acentuada por la vocal final», ya se trate de cualquiera de las citadas /-u, -e, -i/; no obstante, observa que la de mayor influencia es la /-u/ sobre /á, é, ó/, incluso cuando la /e/ forma parte de un diptongo: puitu, timpu; en cambio, /-i, -e/ finales obran de modo semejante sólo sobre /é/ tónica: isti, chichi (25).

Sobre la fecha del fenómeno, opina Pidal que es posterior a los más antiguos del idioma, tales como la diptongación de /é, ó/ breves latinas, ya que no opera sobre estos fonemas aislados, simples, sino sólo sobre sus resultantes diptongadas ya en /ué, ié/, siendo fenómeno tan vivo que abarca toda voz culta introducida en el sistema (26). Más tarde precisará el mismo autor que el fenómeno es más extenso que el paralelo portugués, ya que abarca a más número de vocales finales y se efectúa sobre mayor número de tónicas (27). Señala, asimismo, M. Pidal que el fenómeno se extendía por todo el centro de la provincia desde el Sur de Oviedo hasta Lena y Aller, con Morcín, Riosa y Mieres, en la misma fuerza e intensidad lenenses, observando que en la cuenca del Nalón (Langreo, Sama, Laviana) «la inflexión de /a/ no se hace en la serie vocálica anterior, como parece más natural, sino en la serie posterior»: prqu, qmu (28). Más tarde comprobará también es-

(24) R. M. PIDAL: «Notas...», pág. 332.

(25) R. M. PIDAL: *Ibid.*(26) R. M. PIDAL: *Op. cit.*, pág. 333.

(27) R. M. PIDAL: «Pasiegos...», pág. 12.

(28) R. M. PIDAL: *Op. cit.*, pág. 13.

te autor que la metafonesis existe además «en parte de los concejos de Gozón y Carreño en la península del Cabo Peñas» (29).

El mismo Menéndez Pidal, estudiando el fenómeno metafonético semejante en el Sur de Italia, concluye que «estas dos áreas de metafonesis, la napolitana-abruzesa y la asturiana, pudieron formarse independientemente, y más teniendo como tiene cada una algún rasgo peculiar; sin embargo, bien se comprende que estas diferencias son naturales en el desarrollo diverso de dos lenguas románicas apartadas» (30). Para él se trata, en consecuencia, de una misma filiación histórica, indicio de que la romanización hispánica procede del Sur italiano (31). Finalmente, estudia este autor la metafonía de los valles del Pas santanderino y concluye que se trata de una dependencia evidente de la metafonía asturiana (32).

Respecto al fenómeno extendido por el Alto Aller, Rodríguez-Castellano observa que, efectivamente, las vocales tónicas /á, é, ó/ se cierran un grado ante /-u/ final, resultando /é, í, ú/ respectivamente, salvo algunas excepciones; en cambio, ante /-e, -i/ finales la influencia es mucho menor (33). Esta metafonía es para el autor citada específica, en cuanto que «las vocales resultantes de esta inflexión no son sonidos de timbre claro y preciso, a la manera castellana, sino que representan en todos los casos un matiz oscuro y mixto muy característico» (34). En cuanto a fechas posibles, R.-Castellano es también de la opinión de que se trata de un fenómeno posterior a la diptongación de /é, ó/ tónicas y breves, pero anterior al Fuero de Avilés, en el que ya aparecen bonu mancebu, frente a bona manceba (35).

Estudiando el fenómeno en Lena con mayor detenimiento, Neira Martínez observa que al comienzo de los años cincuenta la vita-

(29) R. M. PIDAL: *Ibid.*(30) R. M. PIDAL: *Op. cit.*, pág. 16.(31) R. M. PIDAL: *Ibid.*(32) R. M. PIDAL: *Op. cit.*, págs. 20 y ss.(33) RODRÍGUEZ-CASTELLANO: *La variedad...*, págs. 54 y ss.(34) R.-CASTELLANO: *Op. cit.*, págs. 58 y s.(35) R.-CASTELLANO: *Op. cit.*, pág. 61.

V. también R.-CASTELLANO: «Más datos...», pág. 123.

ALARCOS LLORACH: «De la llamada (th/ vaqueira...», págs. 3-12.

Diego CATALÁN: «Resultados...», pág. 8.

lidad del sonido aún era importante «a pesar del poderoso influjo del castellano y del bable central» que tienden a eliminar el rasgo como dialectal (36). Señala también este autor que la vocal que más actúa es la /-u/ final, que inflexiona /á, é, ó/ tónicas en /é, í, ú/, incluso en las formas diptongadas, donde /wé > wí/, /jó > jú/ y /jé > jí/; la tónica se cierra, asimismo, ante /-i/ final «en los contados casos en que hay finales en /i/»: isti, isi, por lo que concluye que «no se puede hablar de inflexión ante -i, ya que... sólo se encuentra en dos palabras». Finalmente, respecto a la metafonía ante /-e/ final, no la incluye como tal fenómeno tampoco, ya que, según él, habría que suponer que esa /-e/ fue antes /-i/, lo cual ya no se podría probar. Además, señala el mismo autor que tal metafonía también se da en palabras aisladas, sin la extensión y regularidad que tiene lugar ante /-u/ final (37).

Recientemente, el autor citado, volviendo sobre el tema, se ratifica en la opinión de que hay que separar bien los comportamientos de la metafonía ante /-u/ final de otros casos (38). Observa Neira que la metafonía ante /-u/ se da sólo en la flexión nominal (sustantivos y adjetivos) y está condicionada por la no confusión de /-u/ frente a /-o/ finales. Se trataría de un fenómeno puramente fonético, que sólo se da con rigor en palabras flexivas con oposición de género y número, continuo/discontinuo, siendo el fenómeno aún muy vivo (39).

Por el contrario, según Jesús Neira, la metafonía ante /-i/ final se da en categorías gramaticales diversas (sustantivos, adverbios, demostrativos y dos formas verbales —la segunda del imperativo de los verbos en -er, -ir, y la primera de algunos perfectos fuertes—). Por ello, se trataría, según él, de una metafonía que no es nominal, no tiene carácter expansivo y que no incluye los préstamos. Resultarían, así, dos tipos de metafonía con unas coincidencias marcadas: las dos se dan en áreas concordantes y ambas están condicionadas por una oposición antigua o moderna -u / -o, -i / -e, siendo más viva, coherente y regular la motivada por /-u/ (40); la me-

(36) NEIRA MARTÍNEZ: *El habla...*, págs. 3 y ss.

(37) NEIRA MARTÍNEZ: *Op. cit.*, *ibid.*

(38) NEIRA MARTÍNEZ: «De dialectología...», pág. 488.

(39) NEIRA MARTÍNEZ: *Op. cit.*, págs. 489 y ss.

(40) NEIRA MARTÍNEZ: *Op. cit.*, pág. 490 y s.

tafonía por /-i/ final, en cambio, es muy heterogénea, y dentro de ella hay dos grupos: una metafonía esporádica o impropia en adverbios y sustantivos, con una tónica cerrada, pero sin alternancia por variaciones de la final (41); y una metafonía regularizada, con modificación de la tónica según la vocal final, en formas verbales y demostrativos (42). Respecto a la distinción citada entre las formas de imperativo (segunda persona) y las del perfecto fuerte (tercera) de los verbos en -er, -ir, considera, finalmente Neira, que la inflexión del imperativo puede convertirse en un fenómeno fonológico, y no ya fonético, cuando las finales son en /-e/, de modo que nunca se da coincidencia de formas con el indicativo: curri, curre/cuerre (43). De todos modos, la rentabilidad y extensión de los diferentes fenómenos metafonéticos es bien distinta (44).

Dámaso Alonso, estudiando la metafonía italiana y la peninsular, relaciona el fenómeno fonético con el neutro de materia presente en sustantivos y adjetivos, común a una parte de la zona asturiana y a otra suditálica (45). Este autor considera precisamente a Lena como la última zona en la que sigue funcionando de modo sistemático la distinción -u / -o, pareja al fenómeno metafonético (46). Esa zona sería, según D. Alonso, antes mucho más extensa, con tres fenómenos en relación sistemática que posiblemente incluyeran la parte santanderina del Pas: distinción -u / -o, distinción metafonética de la tónica según la vocal final, y distinción masculino/neutro de materia (47). Según el autor, tanto en Lena como en la zona del Norte suditálico, la antigüedad de /-u/ continuadora del latín -um, masculino, fue la condición ideal para la metafonía, al actuar ininterrumpidamente cerrando la vocal tónica (48). Se trataría, en definitiva, según él, de un parentesco del latín hablado en esas zonas coincidentes, hispánicas y suditálicas,

(41) NEIRA MARTÍNEZ: *Op. cit.*, pág. 492.

(42) NEIRA MARTÍNEZ: *Op. cit.*, págs. 492 y ss.

(43) NEIRA MARTÍNEZ: *Op. cit.*, pág. 495.

(44) NEIRA MARTÍNEZ: *Op. cit.*, pág. 496.

(45) DÁMASO ALONSO: «Metafonía...», págs. 153 y ss.

(46) DÁMASO ALONSO: *Op. cit.*, pág. 184.

(47) DÁMASO ALONSO: *Op. cit.*, pág. 186.

(48) DÁMASO ALONSO: *Op. cit.*, pág. 207.

que en consecuencia produjeron fenómenos semejantes en el sistema de cada una de ellas (49).

El fenómeno de la metafonesis ha sido frecuentemente examinado por Alarcos Llorach, Álvaro Galmés, Fritz Garvens, y otros en el conjunto románico (50). Recientemente, Neira Martínez, en dos artículos posteriores, rechaza los supuestos de Dámaso Alonso, considerando que el llamado neutro de materia no es un tercer género incompatible con el masculino o femenino, de modo que el adjetivo de tres terminaciones tampoco es una pervivencia del modelo latino, sino que, por el contrario, se trata de una estructuración del sistema morfológico bable nueva respecto al latín: «la de 'continuidad' / 'discontinuidad' en el sustantivo, con la repercusión consiguiente en el adjetivo o en el referente pronominal» (51). Según Neira, surge entonces la 'continuidad' como nuevo rasgo semántico independientemente del género y de los fonemas finales en sustantivos que permanecen invariables; si admitiesen modificaciones de género y número, es que ya habrían pasado a la esfera de la 'discontinuidad' (52). Concluye este autor que «la conexión del rasgo de 'continuidad' con la metafonía vocálica es indirecta» (53), «la modificación de la vocal acentuada no repercute en el sentido», por lo que la «metafonía sólo funciona en las palabras flexivas», «en las voces invariables, la tendencia hipercaracterizadora no ha lugar»: «éste es el motivo de la final /-o/ en *Le-na...* en los sustantivos de materia continua» (54).

(49) DÁMASO ALONSO: *Ibid.*

- (50) ALARCOS LLORACH: «Metafonía...», págs. 331 y ss.  
 ALARCOS LLORACH: «Sobre la metafonía...», págs. 331-340.  
 GALMÉS DE FUENTES: «Más datos...», págs. 11 y ss.  
 FRITZ GARVENS: «Metafonía...», págs. 241-244.  
 ALONSO FERNÁNDEZ: «Notas...», págs. XVIII y ss.  
 GARCÍA ÁLVAREZ: «La inflexión...», págs. 241 y ss.  
 DÍAZ CASTAÑÓN: *El bable...*, págs. 45-67.  
 NAVARRO TOMÁS: «La metafonía...», págs. 26 y ss.  
 DIEGO CATALÁN-A. GALMÉS: «La diptongación...», pág. 100.  
 RALPH PENNY: *El habla pasiega*, págs. 205 y ss.  
 DÍAZ CASTAÑÓN: «La inflexión...» págs. 15-22.
- (51) NEIRA MARTÍNEZ: «Dos sistemas...», págs. 15 y ss.  
 NEIRA MARTÍNEZ: «La oposición...», pág. 169.
- (52) NEIRA MARTÍNEZ: *Op. cit.*, pág. 179.
- (53) NEIRA MARTÍNEZ: *Op. cit.*, pág. 172.
- (54) NEIRA MARTÍNEZ: *Ibid.*

Emilio Alarcos Llorach, estudiando estas cuestiones, define el fenómeno metafonético como «la anticipación de ciertos rasgos fónicos de la vocal final, una asimilación parcial a distancia de la vocal tónica a la vocal final» (55). Este autor distingue con nitidez el fenómeno hispánico del itálico, aquí, con una mayor acción de /-i/ final; allí, con mayor influjo de la /-u/ (56). Alarcos señala, como Neira, el carácter morfológico y fonético del fenómeno, de modo que las vocales inflexionadas «si bien desempeñan un papel morfológico, no poseen valor distintivo. Son repercusión de la vocal final, y en tanto ésta persista sin confundirse con otras o sin desaparecer, los matices de la vocal tónica son simple y pura concomitancia»; no obstante, «estas diferencias fónicas podrían llegar a ser distintivas» (57).

Ralph Penny estudia la metafonía pasiega en relación con la asturiana, observando que allí «la [a] inflexionada no pasa de una [a] muy palatal, mientras que en Asturias se cierra un grado entero, llegando a una [e] en algunas comarcas y a [o] en otras» (58). Penny asocia la metafonía montañesa a la asturiana y supone para ambas un origen común, quedando como restos de una zona antes mucho más extensa; y, según él, se trataría de un fenómeno de sustrato: «Puede tratarse del desarrollo no refrenado de características étnicas y lingüísticas de origen puramente nativo, aunque comunes a una gran zona del Norte peninsular» (59).

En conclusión, y con respecto a la fonética toponímica de la zona estudiada, la metafonía se mantiene con relativa normalidad en las formas de final en /-u/ con sentido individualizado: El Fui-xu, El Cuitu, Quentu Furniichu, L'Uxíu, Acibu, El Chinariigu. Por el contrario, permanecen sin inflexionar aquellos topónimos que no presentan variación morfológica, suelen ir sin artículo, o tienen sentido colectivo: Bustiecho, Barroso, Robleo, Fresneo, Malveo, Yen de Fayeo, Gameo, Pedreo, Conforceo, y semejantes, según la oposición señalada más arriba de lo 'discontinuo' frente a lo 'continuo'. No obstante, las excepciones a la inflexión se de-

(55) ALARCOS LLORACH: «Sobre la metafonía...», pág. 333.

(56) ALARCOS LLORACH: *Op. cit.*, pág. 334.

(57) ALARCOS LLORACH: *Op. cit.*, pág. 336.

(58) RALPH PENNY: *El habla pasiega*, pág. 205.

(59) RALPH PENNY: *Ibid.* y 395.

jan sentir lo mismo en pueblos bajos del valle que en los más altos como Tuíza Riba, en la frontera leonesa; en ambos casos, por hábitos ajenos al habla lenense. Ello se debe también en parte al otro hecho señalado del carácter puramente fonético de la metafonesis, ya que el sentido toponímico permanece invariable en todo caso.